



El Socialista - 12 febrero 1923

HISTORIAS

Hacerse el zueco

Hay que aflojar el arco de vez en cuando. Divirtámonos, pues, de la apretada historia que estamos haciendo y pasando con la contemplación de historias lejanas y pasadas. Ahora le va a tocar el turno a Suecia.

Al acabarse el primer tercio del siglo XVIII, el siglo de la Revolución por excelencia, gobernando en Suecia Arvid Bernardo Horn, bajo Federico I, en lo que allí se llamó el *tiempo de la libertad*, dividiéronse civilmente los suecos en *sombreros y gorros*, gorros de dormir, se entiende. Los *sombreros*, los belicosos y a la vez los conservadores, lanzaron, después de su triunfo en 1738, a Suecia a la guerra. Y fué el desastre.

La campaña de Finlandia, una vergüenza para los *sombrereros*. Rusia, a su cabo, impuso a Suecia el que se le nombrara a Adolfo Federico de Holstein heredero de la corona. Ganaron a éste los *sombreros*, engatusándole con el señuelo de un aumento de su poder regio y echaron la responsabilidad del desastre de las campañas sobre los generales. Dos de éstos, Buddenbrock y Levenhaupt, fueron juzgados, condenados a muerte y muertos. Y los *sombreros* siguieron en el poder.

Subió—si eso es subir—al trono el pobre Adolfo Federico, juguete de su mujer, la prusiana Luisa Ulrica, hermana de Federico II de Prusia, el *viejo Fritz*, aquel a quien los tudescos llaman no el Grande, sino el Único. Luisa Ulrica empujaba al zanguango de su marido al absolutismo. El Senado le resistía. El debate se llevó a la Dieta en 1755. La Dieta declaró que el rey debía someterse a la mayoría del Senado. Hizo más: cambió los preceptores de los hijos de los reyes. Entendía que la educación de éstos debe de ser asunto público. Y todo ello andaba entre *sombreros*.

La hermana del *viejo Fritz*, el Único, sintiéndose única, perdió comedimiento y preparó un golpe de Estado. Es decir, un golpe al Estado. Se había de sublevar al pueblo, armarle, detener de noche a los senadores y a los cabecillas de la mayoría de la

Dieta. Quebró la conjura; el Senado se puso en guardia; se detuvo a los conjurados y se ejecutó a muerte, tras de condena, a ocho de ellos. Hasta se pensó prender a la reina; pero quedó en que el clero le calentara las orejas con sermones. El papanatas del rey tuvo que confesar sus culpas y sancionar una decisión en que se le amenazaba con descoronarle si seguía en la suya. ¿En la suya?, no, sino en la ajena, en la de su mujer. El Senado recibió una estampilla con la firma real, que habria de usar si el soberano rehusaba aceptar alguna de sus decisiones. Esto era en 1756.

Ese expediente de la estampilla nos parece más elegante que aquel del Tibet, gobernado a nombre del gran Lama, que es siempre menor de edad. Parece, en efecto, que no se le deja llegar a la mayor edad al gran Lama, y en esto consiste su grandeza. Es la perfección de la idolatría gubernamental. Pero la estampilla es un hallazgo genial. Claro que de inspiración conservadora, como todo lo que no sea suprimir el soberano estampillado.

Los años que siguieron a eso de la estampilla fueron lamentabilísimos para Suecia. El régimen era *monár-*

quico. Sombreros y gorros se sucedían, a trompadas, en el impoder. Los partidos se desmigajaban. La miseria aumentaba. Al pobre Adolfo Federico, muerto en 1771, sucedió Gustavo III, que restauró en gran parte el poder regio y se entregó a hacer de *déspota ilustrado*. Mas ni por esas. Habíase educado en mala escuela.

Y aquí, en lo de la educación, en la pedagogía regia o palatina, está la clavija. La Dieta sueca de 1755 discutía con grandísimo tino al decretar que los preceptores de los hijos de los reyes, que sus maestros—sobre todo los del que haya de reinar—sean nombrados por la representación del pueblo. Sería mejor que fuesen a escuelas públicas, único modo de que llegaran a conocerse a sí mismos. ¿Pero un príncipe que llegue a conocerse a sí mismo—si esto es hacerero—no llegará por lo mismo a dejar de ser príncipe? Otros, en cambio, se han hecho príncipes conociéndose, y, sobre todo, conociendo a los demás, napoleónicamente.

«Conócete a ti mismo»—decía el letrero de Delfos. Para ello ayuda un espejo, o un retrato, y puede servir una estampilla. Una estampilla es un espejo.

Hay quien por conocerse se hace el sueco; otros, por no conocerse. Pero no creemos que ese dicho decidero de *hacerse el sueco* provenga de nada de la historia ni de la vida ni de la naturaleza de Suecia; sospechamos, sin saber dar razón de nuestra sospecha, que quiere decir *hacerse el zueco*, o sea *hacerse la almadreña*. Y el zueco no está mal entre sombreros y gorros. Un zueco y no otra cosa fué el marido de Luisa Ulrica, la hermana del *viejo Fritz*, del Único de Prusia, del antepasado del ex kaiser Guillermo II, que acaso haga zuecos con los troncos que corta.

Miguel DE UNAMUNO

